

## **RIEFF, David, *Contra la memoria*, Barcelona, Random House Mondadori, 2012, 117 páginas.**

**Diego Andrés Escamilla Márquez\***

David Rieff, nacido en Boston en 1952, es hijo del sociólogo Philip Rieff y la famosa activista Susan Sontag, escritora y directora de cine fallecida en 2004 y una de las intelectuales más críticas e influyentes en la cultura estadounidense de la segunda mitad del siglo XX. Heredando la inclinación de sus padres por las letras, David se licenció de Historia en la Universidad de Princeton en 1978 y trabajó como editor jefe de *Farrar, Straus & Giroux* entre 1978 y 1989. Se formó a su vez como periodista cubriendo las guerras de Bosnia, Ruanda, Palestina e Irak, y escribiendo para importantes diarios norteamericanos<sup>1</sup>.

Su libro *Contra la memoria*, publicado en junio de 2012, contiene las meditaciones que sobre el tema de la conmemoración se venía planteando desde mediados de los años noventa, cuando fue reportero de guerra en Bosnia: “En las colinas de Bosnia aprendí a detestar, pero sobre todo a temer, la memoria histórica colectiva”, dice en el prefacio, anticipándose a los que aseguran la proporcionalidad entre memoria y paz, pues afirma que las guerras que presenció demostraron precisamente todo lo contrario: “[...] la memoria colectiva lograba que la propia historia no pareciera sino un arsenal de armas necesarias para continuar las guerras o para mantener una paz endeble y fría”<sup>2</sup>.

En el primer capítulo del libro, “Sus huellas en la arena del tiempo”, Rieff subraya que el empeño por la memoria, además de ser combustible para las guerras, es un esfuerzo innecesario a largo plazo, toda vez que el olvido, con el amplio paso del tiempo, es inevitable. Afirma: “[...] en el fondo todos sabemos que esto es cierto, aunque buena parte de nuestros compromisos públicos estén sustentados en acciones como si creyéramos lo contrario”<sup>3</sup>. Si bien admite que esta postura otorga un *sinsentido* a la historia y “un vivir como si ya estuviéramos muertos”, sostiene que solo podemos “[...] vincularnos con el tiempo en el que estamos destinados a vivir y a morir y con los períodos relativamente breves del pasado y el futuro con los que podemos sentirnos afines” y que “la mortalidad de las civilizaciones” no necesariamente debe ser entendida como algo devastador<sup>4</sup>. De este modo, juzga a la memoria histórica

---

\* Historiador y Archivista, Universidad Industrial de Santander. Miembro del grupo de investigación Historia, Archivos y Redes de Investigación.

<sup>1</sup> Sobre los anteriores datos biográficos ver: VILADEVALL, Ferrán, “La vida secreta de Susan Sontag”, en *El Mundo*, No. 481, <http://www.elmundo.es/cronica/2005/481/1104620404.html>; MANRIQUE, Winston, “Viaje al corazón de Susan Sontag”, en *El País*, <http://papeldigital.info/lt/2014/01/18/01/paginas/076.pdf>, 18 enero 2014; además [http://en.wikipedia.org/wiki/David\\_Rieff](http://en.wikipedia.org/wiki/David_Rieff). Consultados el 8 de enero de 2015.

<sup>2</sup> RIEFF, David, *Contra la memoria*, Barcelona, Random House Mondadori, 2012, p. 14.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 21-23.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 24-25.

más cercana del mito que de la historia y, por ende, su utilidad rayana a los intereses políticos e ideológicos contemporáneos, es decir, a la “identificación y proximidad psicológica”, basamentos del *sentimiento nacionalista* que “ha conducido con demasiada frecuencia a la guerra más que a la paz”<sup>5</sup>. Por lo tanto, si se quiere lograr una hermandad entre los hombres debe reconocerse, asegura Rieff, que la rememoración es un impedimento.

Con esta conclusión da paso al segundo capítulo, “¿Para qué sirve realmente la memoria colectiva?”, si bien la idea central del libro es que esta es un impedimento para la paz, el segundo capítulo quiere agregar que la aceleración de la historia y los embates de la globalización hacen de ella un recurso obsoleto, dado que cada vez es más difícil, en los diferentes países, encontrar un pasado significativo y compartido por la mayoría de la población, incluso en sociedades con estructuras culturales de mayor arraigo, pues “la tradicional continuidad entre el pasado, el presente y el futuro”<sup>6</sup> hoy por hoy es constantemente *destrozada*. No obstante, la crítica de Rieff va mucho más allá cuando expone su argumento definitivo: la memoria colectiva *realmente* no existe. Afirma:

Y la memoria histórica de un acontecimiento, con lo cual nos referimos en general a la memoria colectiva de la gente que no lo presencié, sino que le fue transmitido por crónicas familiares, la educación pública o las ceremonias conmemorativas, no solo es imperfecta, sino imposible [...] pues recordamos en cuanto individuos, no como colectividades<sup>7</sup>.

Sin embargo, la gente sigue recordando en nombre de la memoria colectiva, según Rieff, porque hay un sentido bastante extendido y equivocado que le subyace a los actos rememorativos, a saber, la idea según la cual la ausencia de rememoración es un indicio de “desastre moral o político”, concepción basada en la expresión de Santayana que dice: “[...] aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo”<sup>8</sup>, para Rieff, una expresión tan errónea como falsa. Falsa porque los ruandeses, por ejemplo, no consideraron el genocidio judío para evitar el suyo propio en 1994<sup>9</sup>; y errónea, porque el llamado a una memoria colectiva de las “pesadillas morales” de la humanidad que permita mantener alerta a toda la comunidad mundial en contra del *mal radical* (una especie de “ética mínima mundial”), deja de lado la realidad política, realidad que, como señala Rieff, registra a derechas e izquierdas rindiéndole culto al *deber de la memoria*, o a las minorías étnicas, religiosas y sexuales, disputándole el monopolio de la memoria a los Estados. Conciliar a unos y a otros es sumamente difícil, a lo sumo, dice, “ambos lados sí se pondrían de acuerdo en que no recordar en absoluto empeoraría mucho las cosas”; concuerda así con Nietzsche cuando afirma

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 31-37.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 60.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 49-51.

<sup>9</sup> Ver PARQUE EXPLORA, *Contra la memoria: encuentro del Hay Verde en Explora con David Rieff y Héctor Abad*, Medellín, video publicado el 28 de febrero de 2014: [https://www.youtube.com/watch?v=hYOyoBEIz\\_o&feature=youtu.be\\_gdata\\_player](https://www.youtube.com/watch?v=hYOyoBEIz_o&feature=youtu.be_gdata_player), consultado el 13 de enero de 2015.

que “la interpretación que prevalece en un momento dado es una función del poder y no de la verdad”<sup>10</sup>.

En el capítulo tercero, “Perdón y olvido”, Rieff usa una serie de ejemplos para demostrar que las paces no requieren necesariamente justicia sino algo irremediamente distinto, “una ética del olvido”: Chile (1990), la antigua Yugoslavia (1995), Irlanda del Norte (1998), entre otros, son casos de una “paz injusta”, según él, preferible “a la incesante imposición de la muerte, el sufrimiento y la humillación”. Para Rieff, el *idealismo* de los defensores de Derechos Humanos, reflejado en “[...] su convicción de que sin justicia no puede haber paz”, es la ilusión de “todo un movimiento fundado en la ley” y no en la realidad empírica<sup>11</sup>. Aunque no niega los beneficios de la memoria<sup>12</sup>, sostiene que esta ha sido mayormente *destruktiva y extraordinariamente tóxica*<sup>13</sup>, aduce, por ejemplo, que la rememoración en su condición de sagrada impide los acuerdos y convoca por defecto a regímenes arbitrarios: “en lo sacro no hay acuerdo” y “una política sin *acuerdos* es invariablemente totalitaria”<sup>14</sup>; de ahí que, citando a Galbraith, señale que “nada es tan admirable en la política como la poca memoria”. La democracia moderna, como sistema político de acuerdos, precisa y ha precisado de olvidos, la memoria, que de vez en cuando los refrena, se convierte, según Rieff, en un destabilizador potencial, máxime cuando un pueblo “se tiene a sí mismo por víctima”<sup>15</sup>, pues “es posible que no haya otra memoria que la memoria de las heridas”, acarreado con ello la veneración del sufrimiento y de *lo irrecuperable* y el sacrificio del porvenir a expensas del pasado, generando fanáticos y mártires cuando se requería simplemente *hombres*<sup>16</sup>, asegura citando a cierto poeta irlandés. De este modo concluye:

El idilio de la memoria histórica es en el mejor de los casos la vela que encendemos para honrar a los muertos y, en el peor, una suerte de equivalente cognitivo del agujero negro astrofísico: una región de la que no pueden escapar razón histórica ni seriedad política algunas<sup>17</sup>.

---

<sup>10</sup> RIEFF, David, *Contra la memoria...*, pp. 50-55. Esta última cita Rieff la toma de Federico Nietzsche.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 70-71.

<sup>12</sup> Se refiere a que puede servir como medio catalizador del duelo, como espacio de reconciliación o como ideal de esperanza. A propósito Rieff dice lo siguiente: “He de dejar muy en claro esto: no sostengo de manera categórica que ese olvido deba ocurrir inmediatamente después de un gran crimen o incluso cuando sus perpetradores andan sueltos”, *Ibid.*, pp. 68-69.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 74, 78. En este punto hay que remitir la siguiente aclaración hecha por Rieff: “Quiero enfatizar de nuevo que no me estoy refiriendo al folclore o a las costumbres consagradas de las sociedades agrarias, las cuales a menudo se confunden con la memoria colectiva. Tampoco me refiero aquí a la memoria religiosa, cuya dimensión extrahistórica le imprime un carácter muy diferente. La memoria colectiva es una noción moderna; surge con el Estado-nación y casi siempre es política”, *Ibid.*, pp. 80-81.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 73-75.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 85.

En su último capítulo, “Amor fati”<sup>18</sup>, Rieff desarrolla su apuesta explícita por el olvido, pero digámoslo de una vez, por un *olvido activo* (Nietzsche), es decir, concertado y estimulado socialmente. Al respecto dice:

[...] si nuestras sociedades dedicaran al olvido una mínima parte de la energía que ahora dedican a recordar, y si el deber de olvidar fuera visto como un imperativo semejante [...] la paz podría llegar a ser una quimera más accesible<sup>19</sup>.

Rieff persiste en la idea de que la memoria es peligrosa, no por sus abusos, sino porque esa “es la estructura profunda de la memoria colectiva”<sup>20</sup> (su esencia). Los que consideran el perdón como el medio para evitar esta peligrosidad, según él, desatienden lo dicho por Freud a Einstein a propósito del *efecto suficiente* del mismo: “no es probable que podamos suprimir las tendencias agresivas de la humanidad”<sup>21</sup>. Del mismo modo, desdeña la posición multiculturalista de Ulrich Beck que propone *reemplazar* “la memoria colectiva del esplendor nacional” por una “ambivalencia compartida” frente al pasado, porque la historia muestra claramente que en la política “los seres humanos no tienen integrada la ambivalencia”, sino que, por el contrario, “tienen integradas la lealtad [y] la certeza”, que en un plano colectivo sería “la noción de propósito común que todas las sociedades necesitan para prosperar”<sup>22</sup>. Así, Rieff concluye su libro de manera contundente: “[...] estoy cada vez más convencido que la *paz* en cualquier sentido estricto, es decir, duradera, es imposible sin él [el olvido]” y “sin olvido, seríamos monstruos heridos [...] inconsolables”<sup>23</sup>.

Si bien el libro es interesante, su argumentación es bastante criticable. Para empezar, las guerras no son el producto de la rememoración diversa o antagónica de los bandos encontrados, sino sucesos supeditados a condiciones históricas complejas (políticas, sociales y económicas), de las cuales la memoria es apenas un epifenómeno. Si el objetivo es la paz, deberían resolverse a profundidad los problemas derivados de estas condiciones y no simplemente olvidarlos; pero resolverlos implica transformar la realidad política, cuestión que Rieff ni siquiera contempla, puesto que concibe una sociedad humana siempre “caída”, de ahí que su propuesta no pueda ser otra que la resignación o la invitación al *olvido*; se engaña Rieff cuando cree que de este modo es más accesible la paz, simplemente la hace eternamente aplazable. Por otro lado, las memorias venidas *desde abajo*, que por lo general reivindican soluciones profundas

---

<sup>18</sup> La expresión *amor fati* corresponde a Nietzsche: “Quiero aprender cada vez mejor, a ver lo necesario de las cosas como bello –así seré de los que vuelven bellas las cosas. ¡*Amor fati*: que ese sea en adelante mi amor! No quiero librar batalla a lo feo. No quiero acusar, no quiero ni siquiera acusar a los acusadores. ¡Apartar la mirada, que sea ésta mi única negación! Y, en definitiva, y en grande: ¡quiero ser, un día, uno que sólo dice sí!”. Ver MATILLA, Miguel, “Amor fati y voluntad de suerte. Una nota sobre Nietzsche y Bataille”, en *A parte rei. Revista de Filosofía*, No. 71, Universidad Politécnica de Madrid, septiembre 2010, pp. 1-5.

<sup>19</sup> RIEFF, David. *Contra la memoria...*, p. 115.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 96.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 108-110-111.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 115-117.

a los problemas sociales, no pueden desmeritarse porque perturben el orden oficial, mal hace Rieff cuando las equipara con este como si en términos de fines y contenidos fuesen lo mismo y solo tuvieran un caprichoso deseo de mandar. De este modo, el *olvido activo* —que no es otra cosa que la cómoda indiferencia de los que tienen los medios suficientes para vivir en paz y la reprimenda a los que de ellos carecen para que se conformen con su situación, por lo menos en contextos periféricos como el nuestro— reduce *resentimiento* y *justicia* a la misma cosa, y aunque hay situaciones en que la memoria puede denotar odios, no puede asumirse que toda reclamación o lucha justas que hagan uso de la rememoración sean actos de resentimiento. En el mundo periférico hay un sinnúmero de casos donde la memoria ha superado el rencor y ha reivindicado la justicia sin aspiraciones de venganza. Eso en modo alguno puede ser reprochable.